

El artículo de una soberana

La reina María de Rumanía dice que la gente muestra por los reyes la misma afición que por los payasos

Y añade que no cree que ser reina resulte más absurdo que ser modista o cocinera

«También los reyes y las reinas tenemos nuestro corazoncito»

La Reina María de Rumanía no es una más entre las damas que comparten con sus egregios esposos el trono de los diversos países monárquicos de Europa. Bulle y se agita, influye y se destaca, no sólo en su propia corte, sino en las extranjeras, donde se la conoce familiarmente con el nombre cariñoso de "Missie". Por nacimiento, el 22 de octubre de 1875, es inglesa por su padre, Alfredo, duque de Edimburgo, segundo hijo de la Reina Victoria de Gran Bretaña e Irlanda, y rusa por su madre, hija única del zar Alejandro II de Rusia, a quien una bomba nihilista hizo volar en pedazos. Está casada con el Rey Fernando de Rumanía, que le lleva diez años de edad y que tiene la suerte de ser quizás el único príncipe de la Casa Hohenzollern que aún reina.

Goza la soberana de Rumanía fama de excelente casamentera, porque ha sabido buscar sendos tronos para sus hijas: la mayor, Princesa Isabel, casó con Jorge II, que fué Rey de Grecia, y que aspira a recuperar el cetro; la segunda, Princesa María, es reina de Serbia-Croacia-Eslovenia por su matrimonio con Alejandro I, soberano de dicho Estado; y las murmuraciones palaciegas y cancellerescas dicen que quiere casar a su hija menor, Princesa Ileana, que cuenta con diecisiete años de edad, con el príncipe de Asturias, heredero de la corona española, que va a cumplir diecinueve años, o con el príncipe Humberto, heredero de Italia, que tiene veintidós años. No se contenta, por lo visto, la Reina María con que sus oídos sean halagados solamente por el himno nacional rumano "Traiască Regele în pace si onor" (Que nuestro Rey viva en paz y en honor), y quiere regalarlos también con los ecos de distintos sonos nacionales representativos de otras monarquías.

Ahora, ha salido a las esferas de la actualidad mundial la Reina María con motivo de la renuncia de su hijo mayor, el Príncipe Carol, a sus derechos al trono, debida, según informaciones que viene publicando la prensa mundial, a intrigas de Bratiano, presidente del Gobierno de Bucarest, con la soberana del país.

Recientemente la reina María de Rumanía ha concedido a la periodista norteamericana Zoe Bealey una serie de artícu-

los interesantísimos, el primero de los cuales es el siguiente:

"¿Aún despiertan interés los monarcas? Yo creo que el público, el mundo, todo, especialmente Norte América, para donde escribo estos trabajos, aparece curiosamente interesado en nosotros, en nuestra clase, a pesar de juzgarnos como especie que pasa y se extingue, que pronto no tendrá lugar en las naciones ni será de utilidad a nadie y que, por lo tanto, debe desvanecerse y desaparecer. La gente muestra por los reyes la misma afición que por los artistas, los exploradores, los grandes criminales o los payasos de circo.

A mí me gustan mucho los payasos de circo. ¿Y a vosotros? Siento hacia ellos cierto cariño afectivo, porque siempre se nos presentan con el deseo de hacernos reír, porque siempre ríen, no importa cuál sea el estado de su ánimo; ¡hay en esto tanta bravura! Reír, aunque se lllore por dentro, nada más que porque otros han pagado para que les traigan la risa a los ojos, ¡cuánto heroísmo!

Pero, volvamos a los monarcas. Aunque la masa pública haya decidido que formamos un género humano que debe borrarse de la vida (para sustituirnos con algo mejor, ¿no es verdad?), lo cierto es que arde en curiosidad por saber cuanto nos pasa y cuanto nos rodea. Le interesamos mucho al público, pero en forma despreciable, de tolerancia, a lo sumo. Deseáis saber cómo somos, si altos o bajos, guapos o feos, gruesos o delgados, cómo vestimos, de qué nos alimentamos, qué pensamos.

¿Qué pensamos? Bien, yo creo que pensamos, seriamente y ciertamente, que es una cosa muy natural ser reyes o reinas. Estamos tan acostumbrados a serlo hace generaciones, o a pertenecer a las familias reales como hijos, hermanos, tíos, primos, sobrinos o nietos, que nada nos asombra en ello.

No sasombra, en cambio, el deseo que los demás tienen de vernos, de oírnos hablar, de hallarse próximos a nosotros, hasta de tocarnos, como si fuéramos cosa del otro mundo, en vez de ser género condenado a muerte. De mí sé decir que siento simpatía por ese deseo, especialmente tal y como lo muestran los norteamericanos, incansables por conocer algo nuevo de nosotros, algo que les haga pensar o reír... No riáis tan pronto. La risa es buena, pero en el momento oportuno. La ironía a destiempo daña al mismo que tan mal uso hace de ella.

Repito que siento simpatía por esa curiosidad. He aquí la razón que me lleva a escribir para el público. No tengo que afirmar que lo hago con verdadero placer, ni tampoco diré que el asunto carezca de interés: cualquiera materia, por aburrida que sea, tiene interés y merece la pena de tratarse. Desde luego, no hablo para los escépticos, para los cínicos, que no quieren que se les cuenten muchas cosas, porque puede resultar que no sepan una que presumen conocer, o que saben de ella menos de lo que leen y se les dice. Me refiero a vosotros los preguntones—¡cuidado, que no moleste la palabra, que va sin mala intención!—a los cuales estoy pronta a contestar, a dar gusto. En primer término, por puro placer mío. Luego, porque ya me llegará la hora de ser preguntona, y quiero que me contestéis entonces.

Algunas veces molestáis nuestras ideas arraigadas, herís nuestro sentimiento; hacéis ciertas preguntas en las que va envuelta la crítica. Preguntáis a nuestro estilo, con ironía y sarcasmo, aspectos de la vida que no entendéis como nosotros, que miráis desde plano bien diferente. Pero es porque, en vuestra ingenuidad—sois ingenuos, a pesar del sarcasmo y de la ironía—no dais importancia a la molestia de los demás, mejor aún, no creéis que podéis molestarnos con tales preguntas. Tanto es así, que muchas veces reíría, río—¡sí, río!—con vosotros, aun a mi propia costa. Y hasta quisiera contestar vuestra ironía con mi sal ática, que también los monarcas la tenemos, aunque nos vemos obligados a no derramarla, ni siquiera esparcirla. Debemos callar, hasta ahora al menos lo hemos hecho: hemos tenido siempre la lengua queda. Ya podéis decir cuanto queráis de nosotros, cosas absurdas, desagradables, desafectadas, criticarnos, burlarnos, abusar vuestra conversación: no nos defendemos, permanecemos mudos. Es costumbre nuestra, que buenos sin sabores nos cuesta, ¡porque algunas veces anda tanto la procesión por dentro y hierve de tal manera nuestra sangre!

Y decidme ahora. ¿Por qué yo, María, Reina de Rumanía,

he encontrado favor entre vosotros? Al menos, esto me cuentan los americanos con quienes he hablado. Os intereso. Creéis que hay algo en mí, que soy un ser real y vivo, con esa vida propia con que vosotros concebís a la mujer y queréis que sea y se muestre en la esfera pública, y no me dáis de lado ni me tenéis como mero personaje de la realeza, sin ningún otro interés del que se desprende de un nacimiento que no sé si aceptaréis que llame privilegiado. Yo misma ignoro si verdaderamente hay tal privilegio.

De modo que queréis saber quién soy, lo que soy, ¿verdad? Pues esto es precisamente lo que resulta muy difícil que entendáis. Nuestros puntos de vista son bien diferentes. Hay muchas cosas que a mí me parecen completamente naturales, pero que a vosotros os llaman la atención y os maravillan, que os suenan a increíbles, que se presentan a vuestras imaginaciones con el viso de lo absurdo.

¿Por qué absurdo? ¿Por qué es más absurdo, más increíble, más sorprendente, ser reina, que ser cualquiera otra cosa? ¿Por ejemplo, la esposa de un multimillonario, con una casa enorme, con su biblioteca, con su museo, con gran servidumbre, con yates propios, con cuerdas, con garages? ¿Por qué más absurdo que ser modista, o siquiera cocinera? Todo depende de quién sea la mujer, multimillonaria, modista, cocinera... o reina.

Creo en la utilidad que presto, lo mismo que creen en la suya todas las demás mujeres que no son reinas, y si queréis concederme atención y permiso para entrar más de lleno en la materia acabaréis conviniendo conmigo.

Antes de pasar adelante, como si fuera yo el payaso que al levantar la cortina os explica lo que vais a ver, os digo una cosa: pensad cuánto tenéis que agradecerlos a los monarcas que sigamos viviendo: por nosotros podéis reír muchas veces, y muchas veces también dar rienda suelta a vuestra ironía. Pero no olvidéis lo que os advertí al principio: también los reyes y las reinas tenemos nuestro corazoncito; no somos simples autómatas colocados en un sitial para divertir al público; sabemos reír y sabemos burlarnos, pero nos han enseñado a no exteriorizar nuestros propios sentimientos si con ellos hacemos daño a los ajenos".

ESTE NUMERO HA SIDO

PASADO POR LA PREVIA

CENSURA GUBERNATIVA



—Usted siempre aficionado al agua...

—No ve usted que soy tabernero.



—No me hables mal de las mujeres honestas. ¿Qué haríamos nosotras sin ellas?

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

Por los arrabales de la historia

Ladrones del gran mundo y ex presidiarios

EL ROBO DEL GABINETE DE LAS MEDALLAS EN PARÍS

Uno de los "affaires" que dieron más fama a Vidocq, el antiguo presidiario, llegado por un cambio de fortuna a jefe de la Policía de seguridad de París—fué ciertamente el robo de medallas antiguas cometido en la noche del 5 al 6 de Septiembre de 1831 en la Biblioteca Nacional de Francia.

Esa noche, unos malhechores después de haber trepado por las canales hasta el tejado, habían penetrado por una buhardilla en el edificio de la Biblioteca situada en el ángulo de las calles de Richelieu y Neuve-des-Petits-Champs y en seguida se introdujeron en el Gabinete de las medallas, cortando con una sierra uno de los "panneaux" de la puerta de encima que le daba acceso. Allí se apoderaron de dos mil medallas de oro que formaban la serie conocida por la "suite" imperial y de varios bibelots raros de la época, merovingia, hallados, en su mayor parte, en las tumbas de los reyes, tales como el vaso de Noyon, la gran pátera de Rennes, el anillo de Childerico y la copa de Carlomagno.

■

Una vez comprobado el robo, se reunieron en la Prefectura de Policía, para conferenciar, el prefecto M. Girquet, el jefe de seguridad Vidocq y el conservador de las medallas M. Roux-Syssel. Los ladrones habían abandonado sobre el lugar de la escena una linterna sorda y la sierra de que se habían valido para cortar la puerta de encima. Vidocq examinó largamente la sierra de acero puro, que tenía un mordiente extraordinario, una verdadera obra maestra e inmediatamente designó entre los ladrones de "primo cartel" el único que, a su juicio, podía haber realizado o dirigido la operación: un tal Fossard, apodado "Bonnet Rouge", penado evadido tres veces del presidio y jefe de los "Grands Fanandels" especie de masonería de los presidiarios cumplidos o escapados. Tenía un hermano relojero en la rue Saint Martin y aunque éste pretendía no conservar relación alguna con él, Vidocq sabía que le había auxiliado en su última evasión.

Una pesquisa en la relojería no dió resultado. Era necesario descubrir a Fossard y la empresa no resultaba nada fácil porque se trataba de un bandido inteligente, audaz y siempre bien provisto de dinero. La casualidad quiso, sin embargo, ponerlo delante de la policía.

Un agente secreto—ex presidiario como Vidocq—llamado Coco-Lacour, fué lanzado sobre la pista de Fossard. Ocho días después paseaba el agente por el boulevard disfrazado de pequeño burgués panzudo, con los ojos siempre en acecho bajo sus antiparras de oro, cuando reconoció a Fossard en la persona de un dandy, vestido a la última moda, que arrastraba ligeramente de la pierna derecha, particularidad que sólo habría llamado la atención a un ex presidiario. Era, en efecto, la claudicación profesional de los forzados, acostumbrados a arrastrar el grillete con una bola de hierro atado a su pie derecho.

Coco Lacour partió directamente sobre Fossard, quien dándose cuenta de que era seguido trataba de escabullirse entre el dédalo de calles sombrías y tortuosas del barrio de Saint Merrí. Pero Coco Lacour no le dió tiempo: bruscamente le buscó querella, acusándole a gritos de ser el amante de su mujer. La gente se arremolinó, intervino la policía y los dos hombres fueron conducidos a la Comisaría. Era todo lo que quería el agente, quien ante el comisario obligó a Fossard a confesar su identidad, haciendo aparecer por un golpe seco sobre su espalda desnuda la marca del presidio: P. T. Pero Fossard se resistió a dar indicación alguna sobre su domicilio y negó toda participación en el robo de las medallas. Cuantas promesas le prodigó el prefecto en persona, hasta la de su indulto, no lograron decidirle a reconocer su culpabilidad y a denunciar a sus cómplices, y la orden fué dada de llevarlo de nuevo al presidio de Brest.

■

Víctor Hugo ha contado de manera dramática en "Los Miserables" cómo se efectuaban, en esa época, las partidas de los forzados. Vestidos con trajes de prendas disparejas, calzados con zuecos dentados de varios colores, llevando al cuello una argolla remachada a una cadena, subían sobre carros tirados por sólidos percherones y bajo la custodia de agentes armados, en quince etapas llegaban a Brest. En la primera etapa—Chartres—Fossard llamó a un escolta, antiguo presidiario, de la banda de los "Grands Fanandels", y le dió una carta que había podido escribir con carbón durante la marcha, pero aquel, traicionándolo, entregó la carta a sus jefes que la mandaron sin pérdida de tiempo al Prefecto de Policía. Estaba dirigida al relojero de la rue Saint Martin y Fossard rogaba a su hermano en el argot de los ladrones

que fuese a ver a la "daronne" y la invitara a ir a Brest, llevándole 25.000 francos con los cuales contaba estar libre antes de tres meses.

Coco Lacour, siguió los pasos al relojero que se dirigió a la casa de la Condesa de Nays, en la calle de Ferou, cerca de San Sulpicio. La condesa era una mujer de cincuenta años, casada con un antiguo funcionario, debilitado intelectualmente, que vivía retirado en provincias. Ella ostensiblemente se ocupaba en obras de caridad y recibía a mucha gente. Se veían en su casa a los políticos más prominentes como Montalivet y Guizot. Hecha una investigación por Vidocq, se supo que la condesa había hecho preparar una berlina para que la llevara en quince etapas a Brest. La dejó partir, sin prevenir al Prefecto, demasiado timorato y vacilante, a su juicio, y so pretexto de averiguaciones sobre un robo hizo un registro en regla en el hotel de la calle de Ferou, comprobando que la condesa era la tesorera de los Grands Fanandels y, en calidad de tal, guardaba el dinero de ellos y los objetos robados, les ayudaba a evadirse y por todo esto percibía una suma mensual y una parte en los beneficios comunes. Vivía, por lo demás, con los presidiarios sobre un pie de igualdad y hasta de intimidad completamente desconcertante.

■

Madame de Nays llegó, sin dificultad alguna, a Brest pero allí la recibió un comisario de policía que sin pérdida de tiempo la condujo a París. No fué detenida, sin duda por sus relaciones con la policía política o por altas protecciones, pero se la vigiló. Durante la vista del proceso seguido a Fossard, celebrada el 13 de enero de 1833, compareció solamente en calidad de testigo y el Presidente del Tribunal, dócil a las instrucciones que evidentemente había recibido, se guardó bien de embarazarla con preguntas demasiado precisas. Después del proceso que terminó con la condena de Fossard y de su hermano el relojero a veinte y diez años respectivamente, de trabajos forzados, ella se refugió en Suiza. ¿Quién era? ¿De dónde venía? Se supone que había sido querida de Fossard, quien la arrastró consigo al hampa delincuente.

Una parte de las medallas robadas fué recuperada, en lingotes, en casa del hermano de Fossard, quien luego confesó que había arrojado al Sena, cerca del puente de la Tourneille, los objetos invendibles de la colección. Pudo entonces recuperarse el vaso de Noyon, la pátera de Rennes y el vaso de Carlomagno, que aún se ve en el Gabinete de las medallas.

Fossard volvió a escaparse del presidio y no se ha sabido más de él. Quizás se reuniera en Suiza con la Condesa de Nays.

Vidocq, Coco-Lacour, Fossard, la condesa de Nays. ¿Qué interesante novela habría podido escribir Balzac con esos personajes!

Fraternidad económica

Hubo una época en que Julio Guesde y sus amigos se ilusionaban con la idea de que los mejores franceses eran los socialistas alemanes.

El 28 de noviembre de 1888 Liebknecht decía en el Reichstag que el partido socialista estaba decidido a no dejar disminuir la patria y a defender sus conquistas contra todo propósito.

Bebel, en un manifiesto a sus electores de Hamburgo, declaraba que siempre se opondría a la devolución de la Alsacia-Lorena.

Vollmar, diputado de Munich, decía: "Al otro lado de los Vosgos hay demasiadas ilusiones sobre nuestros sentimientos; pero cuando llegue el caso de los socialistas alemanes marcharemos en primera fila y hasta el último hombre contra Francia."

Los discípulos de Carlos Marx preparaban de este modo la unión internacional de los trabajadores que recomendaba Carlos Marx.

En Hungría se ha dictado, hace meses, una ley prohibiendo todo trabajo al extranjero. En Inglaterra se rechaza a todo el que no vaya a estudiar; es decir, que allí no se echa de menos más que un oficio de fuera: el dejar dinero. Francia, durante la guerra, rehusaba toda oferta de trabajo europeo y traía chinos y annamitas. Los Estados Unidos han cerrado a piedra y lodo las entradas de la emigración, y todas estas descabelladas resoluciones son debidas a la presión ejercida sobre los Gobiernos por los Sindicatos de trabajadores.

Comed y comamos;

que no vengan más que los que estamos...

Así entienden los pobres sus intereses. Efecto natural de la avaricia. Contando con la estupidez universal, la mano de la oligarquía imita en este caso a la del marinero que hace en las cuerdas de su vela un nudo flojo y deja a la inconsciencia de los vientos el cuidado de apretarle.

Cuando ha quedado ya constituida una organización social sobre el cimiento de la general penuria se alquilan eco-

OTRO ERROR JUDICIAL

Muere en presidio un inocente y se descubre luego a los culpables

Comentando el error judicial de Belmonte, recuerdan estos días los periódicos otro caso mucho más sensible que éste.

Una noche de Santiago, hace de esto veinticinco años, salieron de Reinos, por la carretera de Burgos, dos pastores, el uno de Pujayo y el otro de Villasuso.

Ya en la venta de Casa Blanca, un poco bebidos, disputaron por si los collarones del uno sonaban mejor que los del otro. Los circunstancias, lejos de poner paz, azuzaron a los pastores, y éstos acabaron acometiéndose.

Al amanecer, el pastor de Villasuso apareció muerto junto a Orzales.

Intervino la justicia... Y el pastor de Pujayo, pese a sus protestas de inocencia, fué condenado. Todo el mundo creyó en su culpabilidad. Todo el mundo, menos un guardia civil joven...

El pastor de Pujayo murió de pena en la cárcel.

Pasaron veinte años. El guardia joven volvió a la Montaña, y convencido del error judicial, trabajó para esclarecer el suceso. Y lo consiguió.

Los detenidos confesaron su crimen; pero el delito había prescrito y quedaron en libertad.

nomistas sobornados para predicar al pueblo que las cosas siempre han sido así; que nunca podrán ser de otra manera; que Dios, que es la sabiduría, la bondad y la justicia, no crea un árbol donde no pueda vivir, pero se complace en criar hombres donde por fuerza hayan de perecer, y que del sufrimiento que atenaza las entrañas de la Humanidad desde el comienzo de los siglos, nadie tiene la culpa sino la misma Humanidad que sufre, o el buen Dios, que no ha sabido hacer más que una Creación defectuosa.

Es el método cazurro de Federico de Prusia: "Yo, mientras pueda, agarro lo que me conviene. Luego no me faltará algún vil sofista que con argumentos justifique mi derecho".

La burguesía actual, como todo poder victorioso, tiene también los suyos. Oigamos a estos ganapanes de la ciencia Thorold Rogers, en "El sentido económico de la Historia", explica la difusión de la miseria ¡por la imprevisión de los pobres!, y sobre todo por su incontinencia, que les induce a multiplicarse "más allá del fondo de salario".

Claro es que a nadie se le ocurriría semejante enormidad no siendo a un yanqui.

Supongo que este mestizo de judío y protestante; es decir, este cuáquero asqueroso, no se habrá decidido a morir sin dejar presentada ante los patriarcas de su Iglesia una moción para enmendar el Génesis, de modo que en lo sucesivo diga: "Crescitis; pero "non multiplicamini" más allá del fondo de salarios". Lástima grande fué que el Espíritu Santo no tuviera en cuenta ese detalle, quizás por pertenecer a la vieja escuela económica de los que creemos, porque así nos lo enseñaba Adam Smith, y principalmente porque la evidencia diaria nos lo pone a cada paso ante los ojos, que el salario no se paga de ningún fondo especial, sino del mismísimo producto. Otro que tal baila, Paul Leroy-Beaulieu, atribuye el mal profundo de nuestras condiciones sociales al alcoholismo, a la sensualidad, a la holgazanería y a la prodigalidad de las clases obreras.

¡Hombre! En un yanqui, bien, o casi bien; pero lo que es en un francés, ¡si que hace falta cinismo para atreverse a decir eso!

¡Oiga usted, buen amigo! Los que pueden pasarse la vida holgazaneando, ¿son los albañiles? ¿Los parroquianos del Veuve Cliquot? ¿Son los picapedreros los que mantienen querindangas cubiertas de joyas? ¿Son los linotipistas los que se juegan las pestañas en Biarritz o San Sebastián? ¿Son los ferroviarios?

El pueblo; ¡miren qué risa! porque es pobre es insultado; le llama descamisado quien le dejó sin camisa.

Lo peor es que ni de eso tiene derecho a protestar el pueblo mientras tercamente permanezca en el actual estado de disgregación internacional, de incompatibilidad entre grupos afines y de distensión perpetua, a cuya sombra ha podido un Leroy-Beaulieu conquistar la administración de las minas de Peñarroya, la de los fosfatos de Gafsa, la de los ferrocarriles portugueses y un puesto en el Instituto, injuriando desde las columnas de "L'Economiste Francaise" la desolación de los humildes y justificando fervorosamente todos los signos de depravación de las oligarquías dominantes.

JULIO SENADOR GOMEZ.

CRITICA Y COMENTARIOS

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

Hace ya muchos años había en Barcelona un banderillero apellidado Castillo, que según me dicen tiene actualmente un bar en el distrito V.

Era, por aquella época, Castillo, hombre de gracia que soñaba tener muy "buenos golpes".

Un lunes que jugaba a las cartas con varios amigos en una taberna de la calle del Hospital fué interrumpido por el cochero que le había llevado a la plaza el día anterior y que, como es natural, iba a cobrarle las pesetas que habían concertado por llevar al diestro al circo, que era entonces la Plaza Vieja.

—Ante el requerimiento del cochero, Castillo, que jugaba al "golfo" y estaba ligando treinta y una, hubo de decirle al automedonte: ,

—Espera. Espera.

Pasó media hora y Castillo no daba señales de mostrarse muy propicio al pago.

El cochero que conocía el paño insistió:

—Date prisa Castillo, que no puedo esperar. He de ir a bañarme a los Orientales.

—Pues vete poniendo las calabazas—contestó rápido Castillo, al mismo tiempo que apartaba cuatro pesetas de su resto y se las entregaba al cochero.

El célebre diestro "Chicorro" que toreaba con singular maestría—ya ha llovido desde entonces—era hombre que le tenía un asco positivo a los toros negros.

Toreando en Cádiz en cierta ocasión tuvo que habérselas con un toro pastueño y noble que no tenía más inconveniente para "Chicorro" que el de ser negro.

Muletazo va, muletazo viene, no le metía mano con la espada ni a la de tres. El público comenzó a impacientarse y los silbidos se oían en Gibraltar.

En uno de los tendidos de sol un espectador gritaba a voz en cuello:

—¡Dejarle! ¡Ya sabe lo que se hace!

Un aficionado, molesto por los gritos reiterados del defensor de "Chicorro", hubo de interrumpirle:

—Amigo. Lo que hace ese hombre es ya abusá.

—Ni abusá ni na—contestó el interpelado—¿no ve usted, so malange, que está esperando que le salgan canas al torito pa matarle con gusto?

En mi asendereada vida he conocido picadores muy brutos. Ninguno tan bruto como "Veneno" al que aquí, animado por la distancia, me atrevo a otorgarle el título del hombre más bruto del mundo.

Picaba el buen "Veneno" en la plaza de toros de Málaga—su tierra natal—y tuvo una tarde desastrosa, cosa rara en él, que solía ser un picador muy "apañadito".

El público se enfureció por la mala tarde del varilarguero y arrojó sobre él almohadillas, naranjas, botellas...

Una de estas vino a darle a "Veneno" en la nuca. "Veneno" ni se inmutó siquiera.

Un amigo cuyo que había visto la faenita de la botella le preguntó a "Veneno" al pasar ante la barrera que ocupaba:

—¿Te ha lastimado el golpe?

—No zeñó, don Joaquín. ¡No ve usted que me han dao con una botella de cristá!

Aunque hay picadores brutos también los hay cobardotes. Véase si no la escenita que presencié en la enfermería de la plaza de toros de Sevilla:

El médico.—Vamo hombre, que er gorpe no ha sío tan fuerte...

El picador.—¡No me diga osté ezo don José de mi arma! ¡M'ha partío er moruchito el eternón! ¡Ha zío mucha caía está!

Un alguacil (entrando).—Vamo a vé! ¡Toos los picaores que zargan a la plaza, de orden der presidente, que ze enfria er toro...

El médico (dirigiéndose al picador).—Vamo hombre! ¡A la plaza que está usted haciendo farta!

El picador (llorando).—Por la Virgen der Vaye don Jozé, que zoy un pare de familia!

El alguacil (entrando nuevamente en la enfermería).—¡Qué ze enfria er toro!

El picador (indignado, al alguacil).—Caliéntalo tú cara e zable; premita Dió que zarte un buró la barrera y te vean mis clizos enzartao como las zarthenes: ¡por un ojo!

Hace unos días—pocos—me invitaron unos amigos a una juerguecita andaluz. Perdone en esta referencia el aspecto vinícola del jolgorio, pero no puedo resistirme a transcribir la letra de dos de los "fandanguillos" de Huelva que se cantaron en la fiesta por un "cantaor" que tenía una nuez de

un tamaño tan colosal que parecía un ascensor.

Decían así las coplas:

"Vengo de las Cambronerías.

Mira lo que te he "comprao":

unas botas de cartera

y botones a los laos.

¡Te las pones cuando quieras!".

"La naranja que me dístes

la parti; dentro tenía

una perla y un brillante

y un letrero que decía:

¡La salida por delante!".

Recomendamos esta última letra a los súbditos de Fomonda.

LUIS MASCÍAS.

MEMORIAS DE UN REPORTER

Fullerías

Sentados alrededor de la clásica mesa rectangular, nos hallábamos los redactores a cuyo cargo estaba la confección del camelístico órgano del partido.

Fea y sucia la redacción, raquíutico y anticuado el diario, pobres y miseros los redactores. Con tales antecedentes, ocioso parece consignar aquel periódico era de matiz izquierdista. Las señas son mortales, de las que no dejan lugar a dudas.

El diario no respondía a las necesidades del tiempo presente. Carecía de disponibilidades económicas y sus medios informativos puede decirse que eran nulos. En este sentido las tijeras constituían el primer redactor de la casa.

De valor carecía también la substancia ideológica que lo informaba. Más que un periódico de combate que debiera parecer como salido de la honda de David, sus artículos semejabán proyectiles destinados a una batalla de confetti. Los redactores, doctos e inteligentes, no podían tener ni iniciativas ni personalidad, y habían de estar atentos sólo a las órdenes de la administración y a no entorpecer los negocios del jefe y de la mayoría de los de la plana mayor del partido. Para demostrar un ímpetu revolucionario que no se sentía y que las planas del rotativo forzosamente habían de alardear, los redactores empleaban un lenguaje un poco bárbaro y otro poco agresivo—existía director de paja—, y se apelaban a los inmortales y sagrados principios de la libertad, de la justicia y del derecho, que allí era donde menos se cumplían. Han tenido que transcurrir varios años desde que nos alejamos de aquella ciénaga para ver a muchos de los hombres del partido en su justa pequeñez como aquellos homicidas de los famosos viajes de Gulliver.

Así se comprende que aquel periódico que antes reflejaba nuestros entusiasmos, se había convertido en la hoja volandera de nuestras decepciones. Mientras los primates se enriquecían escandalosamente con sus sucios manejos a los redactores nos costaba gran trabajo cobrar nuestros mezquinos sueldos. Como una ironía del destino, al lado de la redacción había una casa de empeños, merced a la cual muchos compañeros pudieron comer en días de apuro. Pronto, pues, nos dimos cuenta de que era estúpido el sacrificio por el ideal. Al desaparecer los romanticismos que nos sostenían, comprendimos nuestra triste condición de humildes jornaleros de la pluma. Entonces casi todos, sin decirnos nada, adoptamos el mismo acuerdo: trabajar tan poco como tan poco dinero nos daban. No lebe de extrañar, por tanto, que el diario saliese hecho una birria: sin calor, sin gracia, sin interés.

A la redacción acudían varios correligionarios, que, como nosotros, desengañados de los hombres cumbres del partido, sólo pedían a Dios que éstos no pillasen las llaves de la despena nacional, porque terminarían con las existencias. El único consuelo que nos restaba para vengar los ultrajes que nos inferían a nuestro espíritu y a nuestro bolsillo, era hablar mal de los hombres representativos. Y hay que confesar que no quedaba fítere con cabeza.

Una buena noche, mientras estábamos ocupados en tan altos menesteres, se personaron en la redacción dos vecinos de un pueblo cercano, solicitando el concurso de unos oradores de los que decían enormidades en los mítines, pues en su localidad, de bastante importancia por cierto, celebraban la fiesta mayor y querían incluir un acto revolucionario en su programa de festejos.

Al redactor-jefe del diario, que se había tomado la vida en broma y en chanza el diario, le hizo gracia la petición de los visitantes y les indicó los nombres de unos propagandistas que gozaban fama de trebuchados y que podrían complacerles en sus deseos y a quienes a la vez un viajecito no les vendría mal.

Y aquí viene lo chocante del caso. Sucedió lo que nunca, ni remotamente, se nos hubiese ocurrido a ninguno de nosotros. Los dos visitantes, con su cara de tontos, daban quinque y raya al más vivo de los vivos. He aquí el ingenioso truco que iban a explotar. Pensaban organizar en su pueblo un acto

MORDISQUEOS

¿Han oído ustedes hablar alguna vez de mademoiselle Mistinguett?

Nosotros tenemos un vago recuerdo de esta señorita, que con sus excentricidades y sus piernas, cuando nuestros bisabuelos usaban paletot y mirifaque, había alborotado a los extranjeros que asomaban sus narices en los casinos de París, en busca de carne pecadora.

Pues bien: Mademoiselle Mistinguett—mademoiselle a pesar de haberse asegurado las piernas en un millón de francos—, acaba de poner cátedra de moral, y en el nuevo Moulin Rouge parisino, donde actúa de empresaria, ha declarado la guerra al desnudo femenino, porque, según ella, el desnudo absoluto no place al público que concurre a los teatros.

"Día llegará—ha profetizado la Mistinguett—en que el music-hall se purgará por completo de la actual epidemia de desnudo. Los hombres prefieren presenciar un grupo de muchachas de veinte años de edad parcialmente vestidas, que no uno de mujeres absolutamente en pelotas".

Exacto.

Sobre todo cuando esas mujeres han alcanzado la edad de Mademoiselle Mistinguett.

Hay extremidades que, aun cuando estén valorizadas en un millón de francos, no apetece a nadie.

Que no cunda el ejemplo.

El multimillonario inglés Samuel Walbrocke se ha declarado enemigo irreconciliable de los solteros, y va desahuciando a todos los que encuentra en las innumerables casas de su propiedad.

Y no es esto lo peor. Lo peor es que se dedica a comprar los edificios dedicados a "garçonnières", y uno tras otro echó a la calle a sus inquilinos.

Por este procedimiento ha dejado sin albergue a más de 300 solterones.

Todo, ¿por qué?

Porque quiere que todo el mundo se case, ya que, según Mr. Walbrocke, en el matrimonio se encuentran todas las dichas del mundo.

Sí, sí. Con los millones de Mr. Walbrocke...

Más... Que no se entere nuestro directorial Gobierno, porque si a los célibes españoles les da por casarse con la ilusión de alcanzar todas esas dichas, ¡adiós recargo sobre el impuesto de cédulas personales!

Peligrará de nuevo la nivelación de los presupuestos y se complicará todavía más el problema de la vivienda.

En Londres se ha abierto el primer salón barbería para perros.

Su propietario, que sin duda sabe griego, lo ha bautizado con el nombre de "Philo Kuon Ltd".

Un establecimiento por el estilo sería un buen negocio en Barcelona.

Aunque no, lo agradecerían los perros, tendría asegurada la protección de Isart Bula.

Y la del alcalde, en calidad de socio de mérito de la Sociedad Protectora de Animales.

La escena en la Barceloneta.

Un vendedor ambulante de pescado, que tiene la inveterada costumbre de embriagarse, iba pregonando su mercancía apoyado contra una esquina para no caerse.

—¿A cuánto la merluza?—pregunta una vecina.

—Se ha acabado.

—¿Cómo?

—Me la he bebido, mujer, porque estaba muy triste.

revolucionario con el fin de concentrar en él toda la guardia civil de la comarca y así ellos en el casino del cual eran mensajeros tirarían con amplia libertad de la oreja a Jorge.

Pero tan gracioso truco todavía no termina aquí. Tiene una segunda parte tan pintoresca como la primera. Uno de los mitineadores que tampoco tenía pelo de tonto y que, además, era un pillastrín, se olió la tostada y se tomó el desquite.

Buscó a quienes le habían llamado y les dijo que el acto se suspendería si no les daba a los oradores una cantidad que indicó.

La directiva del casino se reunió en Junta extraordinaria, con carácter urgente, para tratar de asuntos de interés, según rezaba la convocatoria. Al principio se resistieron heroicamente a entregar el dinero que se les había pedido. Regatearon incluso. Más no les quedó otro remedio que transigir. O daban el dinero que se les demandaba o no había mitín. Y ante tan disyuntiva y ante el poderoso motivo de no poder jugar con desenvoltura, accedieron, imponiendo sólo una condición: la de que el mitín durase el mayor tiempo posible para poder ellos resarcirse mejor de los gastos que su organización les ocasionaba.

Al fin y a la postre serían los tontos quienes con su estupidez, pagarían los platos rotos.

FRANCISCO ALDÁZ.

'El Sitges'

Conoció Tórtola Valencia a bordo del "Sitges". Un vapor muy marino, cuya proa se había hundido en todos los mares. Era "El Sitges" tan marino, que los delfines en el Mediterráneo y los tiburones en el Pacífico le consideraban más como a un camarada que como a un aduz intruso. Parecía como si "El Sitges" en vez de haber sido lanzado desde tierra al mar, hubiese emergido del fondo de las aguas a la superficie, al igual que si se tratase de uno de los admirables ejemplares que encierra la fauna marina.

Los delfines y los tiburones gustaban de acompañar al "Sitges" durante sus travesías. Por espacio de unos años fui enrolado como tripulante en dicho vapor y no recuerdo haber visto surcar los mares sin la compañía de delfines o tiburones. Desde la cubierta o desde uno de aquellos magníficos monóculos que asomaban por los costados del buque, contemplé la compañía de tiburones o delfines más de una vez.

Parecían éstos sentir por "El Sitges" una profunda admiración. Estaba ésta plenamente justificada. "El Sitges" viraba con mayor rapidez que ellos y se deslizaba por las aguas con mayor velozidad. Yo diría haber visto a tiburones y delfines aproximarse sus enormes bocas al carro del buque y cubrirle de besos en señal de admiración.

Pues bien, en aquel buque conocí a Tórtola. Ibanos de Gibraltar a Argel. Tórtola como pasajera.

Llevaba la bailarina al cuello un collar de perlas, que parecían gotas de aurora, por su irrisación. Las perlas y los ojos de Tórtola eran lo que más llamaba la atención del pasajero. Este debía de contemplar las perlas para admirar aquellos ojos.

Figuraba en el paisaje una norteamericana, mujer también de grandes atractivos. Como la bailarina, lucía en el cuello un collar de perlas, acaso de mayor valor que el que llevaba aquella. No obstante, las perlas de la norteamericana estaban mortecinas. La norteamericana se había dado cuenta de que sus perlas no lucían tanto como las de Tórtola, y una tarde abordó a la bailarina cerca del puente de mando en ocasión que estábamos nosotros presentes.

—No sé cuánto habrá costado su collar, Tórtola, pero no tendría el menor inconveniente en asegurar que el mío ha costado mucho más.

A Tórtola, que ha vivido en las cinco partes del mundo, no le sorprendió la franqueza de la yankee y continuó oyéndola, ya que aquella siguió hablando:

—Mis perlas valen más, pero las tuyas son más irrisadas. ¿Me puede usted explicar a qué se debe esto?

Tórtola habló:

—Le voy a descubrir un secreto, que le permitirá hacerse cargo rápidamente de por qué mis perlas hacen más que las tuyas. Mi piel tiene la propiedad de acentuar el Oriente de las perlas. Hace años me di cuenta de ello. En Londres me regalaron una perla. Al unirle a un collar observé que la perla estaba enferma. Me di cuenta de ello en el preciso momento que me disponía a asistir a una fiesta que se daba en honor mío. Pensé no ponerme el collar, pero finalmente asistí a la fiesta con él. Durante la fiesta, disimuladamente, miré varias veces la perla agredida. Experimenté una gran sorpresa. Aquella perla había recobrado por momentos su Oriente. A los dos días de llevar el collar la perla enferma, ésta, lucía con el mismo esplendor que las otras. Compré otra perla enferma y se repitió el milagro. Desde entonces me dediqué a comprar perlas enfermas y a explotar la propiedad de mi piel.

La norteamericana sonrió incrédula. Tórtola le explicó que el día que desembarcaban fuesen juntas a comprar perlas enfermas y repetir la prueba.

La norteamericana vivió en Argel. Al mes de aquella escena, volvió a tocar "El Sitges" en el puerto de la capital de la Argelia francesa. Al saltar a tierra me dirigí al domicilio de la norteamericana.

—Era verdad lo que dijo Tórtola respecto a su piel y las perlas?—le preguntamos.

—Verdad—nos contestó, y aún parecía llena de asombro.

Un agradable encuentro

Hace unos ocho días tuve necesidad de ir a la Aduana. En uno de los departamentos mis ojos quedaron suspensos de los de una mujer. Los ojos de aquella mujer eran inconfundibles. No era la primera vez que los había contemplado. ¿Dónde he visto yo estos ojos?—me interrogué—. ¿A quiénes pertenecen? No tuve que torturarme por mucho tiempo la imaginación. Rápidamente me di yo misma la respuesta: ¡Son los ojos de Tórtola Valencia! Los ojos cantados por todos los poetas del mundo. Los ojos que cuando se contemplan una sola vez, apasionan el alma. Los ojos que harán caer sobre la Muerte más maldiciones el día que los cierre.

Tórtola es una gran franciscanista. Al mirarme me reconoció, y sus labios se fruncieron en una sonrisa. Me acerqué y estreché su mano.

—He venido a recoger mi equipaje—me dijo.

LOS REPORTAJES SENSACIONALES

Al morir un amor en Tórtola Valencia, su Arte adquiere mayor excelstitud

POR
JUAN CARRANZA

Tórtola estaba rodeada de baúles.

—¿Le sorprende verme entregada a estos menesteres? Pues no le sorprenda. Dentro de estos baúles van los trajes con que compongo mis danzas. Es decir, mi vida toda. Desembarqué en Cádiz y el equipaje siguió hasta aquí. Si se extravasase uno de estos baúles sentiría una gran desesperación. I no por la pérdida que representase para mí bolsillo, sino por la que significaba para mi espíritu. Mire usted, en un viaje que hice por mar a Rusia, el buque en que yo viajaba estuvo a punto de naufragar. Se le habían abierto unas vías de agua, y para que el barco no se hundiese hubo necesidad de aligerarlo de carga. Al mar fueron echadas unas cuantas toneladas de equipaje. Cuando llegó el turno a mi equipaje, me coloqué junto a él y en la actitud enérgica que requería el momento, me opuse a que los marinos pusiesen sus manos encima de él. Llegó el capitán del buque, y al decirme que era necesario obedecer la orden, le repuse: "Si ustedes tiran al agua mi equipaje, yo me lanzaré después tras de él". Debí leer el capitán en mis ojos que estaba decidida a cumplir mi amenaza y suspendió la orden. Mi equipaje fue respetado.

—Comprende usted ahora porque me ve en este sitio —me dijo sonriendo.

Unos hombres forzudos fueron retirando los baúles de Tórtola y colocándolos en dos camiones que esperaban en la puerta de la Aduana. Tórtola seguía con sus ojos los movimientos de los hombres.

Partieron los camiones con todo el equipaje, y Tórtola nos invitó a subir en un auto para dirigirnos a su casa, donde debían ser conducidos los baúles. Enfilamos las Ramblas, atravesamos la Plaza de Cataluña y subimos por el Paseo de Gracia. Al llegar a la altura de la calle de Mallorca dobló el auto con dirección a la derecha del Ensanche. Hasta entonces Tórtola no había despedido los baúles.

—Un minuto falta para llegar a mi casa. ¡Cinco años sin verla!

La danzarina parecía emocionada. Sus ojos se mostraban más maravillosos que nunca. Había en ellos más negrura, y en su rostro más palidez de candelina.

Paró el auto frente a una casa de construcción suntuosa.

—Aquí es—dijo Tórtola al chófer, y rápidamente descendió del vehículo. La seguimos.

La casa de Tórtola

Una vez dentro de la casa nos vimos envueltos por una extraña emoción. Una emoción como la que sentimos siempre que transponemos los umbrales de un museo de arte antiguo.

Tórtola recorrió todas las habitaciones, seguida por nosotros. En todas, la visión del museo se imponía. Ni muebles, ni una tela, ni un cuadro desentonaban. Bajorrelieves y vitrinas adornadas a las paredes, cubiertas de damascos y tapices que servían de fondo a Cristos de mármol del más puro estilo gótico y pinturas. Algunas de éstas prisionaban momentos plásticos del arte excelso de Tórtola. Asomada tras los cristales de las vitrinas y encima de los bajorrelieves, éfebos en actitud de lampadarios; páginas minadas de libros de coro de los siglos XIII y XIV, al estilo famoso de Duccio de Jönneburga; jarrons de ritual, como los que encerró el templo dedicado a la diosa Astorat en los días bíblicos; botijos siri-fenicios, por los que asomaban palomas y se enroscaban serpientes y aparecía dibujado el cerebro, los símbolos de la vida y del poderío hicieron las gentes de Palestina.

Tórtola quedó parada unos momentos frente a una pintura suya. De una mesilla, de complicada talla, colocada bajo de esta pintura, se elevaban dos cirios, que la bailarina encendió después de permanecer unos momentos en éxtasis. Aquella pintura llevaba la firma de un artista catalán, que hace cinco años acompañaba siempre a Tórtola. Vive el pintor, lo que no diríamos es que vive en el corazón de la danzarina. Aseguráramos que para ésta ha muerto. Aquellos cirios que parpadaban bajo de su pintura, así parecían indicarlo.

No dijimos nada a Tórtola sobre nuestros pensamientos.

Su viaje a América

Nos sentamos, precisamente, en la habitación donde crepaban los cirios bajo la obra del pintor catalán, y hablabamos con Tórtola de su viaje a América.

—He bailado en casi toda la América. Los Gobiernos de aquellos países patrocinaron mis actuaciones. Yo correspondí a tan gran honor, resucitando las danzas arcaicas de aquellos países. Lo hice por gentileza a la ac-

gida que se me dispuso y porque sentí una imperiosa necesidad de incorporarlas a mi repertorio. No me pesa haberlo hecho. Las danzas arcaicas americanas son magníficas de plástica. Descifradas estremecen de emoción el espíritu. Especialmente la danza que bailaban los Incas es una cosa maravillosa.

—En España se dijo que la interpretación que hizo usted de esta danza en Lima, le valió infinidad de elogios —le decimos.

—Sí, mi éxito fué completo. Desde el presidente de la República hasta el ciudadano más desconocido me felicitaron. Pero no crea que me envenezara por eso. La emoción que originó se debió más a la belleza que palpita en la danza que a mi interpretación.



Pintores, escultores, escritores y periodistas, han sido y continúan siendo, la guardia de honor de Tórtola Valencia. El arte excelso de la danzarina ha sido para aquellos un guión que ha inundado de luz sus espíritus. He aquí a Tórtola, en plena vega valenciana, festejada por su guardia de honor. Tórtola levanta su copa para que las inquietudes de los hombres que constituyen su guardia de honor queden plasmadas en la tela, esculpidas en el mármol, impresas en el papel, con la misma gracia y pureza de arte que pone ella al trenzar sus danzas.

El Consejo Provincial de Lima premió mi trabajo otorgándome una condecoración. No me sorprendió el éxito que tuve en Lima. El mismo día que llegué a la capital del Perú me dije: He aquí la Sevilla de América. Porque Lima es eso, una segunda Sevilla. Las casas blancas como palacetes morunos. En el interior de las casas patios de una gaya policromía: flores y azulejos.

En Lima tenían que imponerse mis danzas como se imponen en Valencia y en Sevilla.

Sólo una mala impresión me llevé de Lima. El desafío de Santos Chocano, en el que la fatalidad convirtió la mano que tanta poesía había derramado, en víctima de la vida de un semejante suyo.

Porque creo que soy artista

De mi viaje por América me he traído una infinidad de danzas. Mi repertorio, hoy, es extensísimo. Y, sin embargo, no considero saciado del todo mi espíritu. Los

hombres que se me han tributado durante esos cinco años, el gran número de danzas que puedo presentar, gracias a este viaje, no han logrado hacer desaparecer mis inquietudes por superarme. Cuando pienso en estas palpitaciones de mi espíritu es cuando creo que soy artista.

Tengo ahora más miedo que nunca

—Siempre he sentido miedo al presentarme ante el público.

—Pues, lo disimula usted muy bien—atajamos a Tórtola, pensando en su dominio de la escena.

—Más que satisfecha. Usted no se puede imaginar lo que ha gozado mi espíritu con este viaje. Más danzas para mi arte; visiones de belleza que han estremecido de emoción, y que de no haberlas visto, diría que no era posible que pudieran ofrecérselas la Naturaleza, y una verdadera colección de cosas antiguas que vendrán a enriquecer esta casa y la que poseo en Londres.

Al montar con Tórtola en el auto en la puerta de la Aduana, llevaba la artista en la mano un maletín, que dejó encima de un sillón en una de las habitaciones, al penetrar en el piso.

—Ahora verá usted.

Y Tórtola vuelve al poco rato con el maletín, que al abrirle muestra infinidad de objetos a cual más interesante.

—Contemple usted esto—nos dice, sacando una miniatura. Y añade:

—Son reproducciones exactas en miniatura, de los retratos que aparecen en el cementerio del Fayum, cerca de Cervince, a unas 40 millas del Sur del Cairo. Estas figuras no tienen de egipcio más que el suelo donde reposaron los modelos, pues a juzgar por las líneas de sus rostros debieron ser ciudadanos y ciudadanas de una colonia romana establecida en el Egipto Medio, por el siglo II de nuestra Era.

Tórtola no deja de clavar su mirada en la miniatura. Se vuelve a nosotros, y nos dice:

—Parece que la contemple por vez primera, ¿verdad? Pues, no. Con ésta debe de pasar ya de mil las veces que la he tenido en las manos. No me canso de contemplarla. Cada vez descubro en ella mayor interés.

Fijese con esta dama romana tocada con las galas sepulcrales del Fayum—nos dice, señalándonos con el dedo uno de los personajes que encierra la miniatura.

—Verdad—agrega—, que apenas si existe diferencia en el peinado, el aderezo, aun en la expresión de las mujeres de nuestros tiempos. ¿Sabe usted lo que yo pienso de todo esto? Que mujeres y hombres venimos demostrando a través de los siglos, que nos falta inventiva. Los hombres de hoy, al asegurarse por completo la cara, no crean usted que se brintizaron, no, lo que hicieron fué adoptar una fisonomía de romano. Las mujeres de hoy han adoptado el uso de unos pendientes largos con gemas valiosas o colgantes de perlas, para que suenen al andar y se puedan llamar cristales. ¿Son nuevos esos pendientes? No. La emperatriz Faustina los lució; Julia Sabina, la consorte de Adriano, también las llevó; Calpurnia, la cuarta esposa de Julio César se paseó con ellos por las orillas del Tíber.

Después, Tórtola, saca del maletín un vaso de noche cincelado con incrustaciones de pedrería roja y azul.

—He aquí una joya de las que motivaron el anatema de Clemente de Alejandría, el Austero.

Tórtola resplande de felicidad ante aquella riqueza arrojada de gran valor arqueológico, y otro, y otro, hasta una vitruina de ellos. Miniaturas, vasos, diademas, hebillas ibéricas, libélicas de plata y oro.

Tórtola resplande de felicidad ante aquella riqueza artística.

—¿Todo esto me he traído de mi excursión por América?—nos dice—. ¡Figúrese si estoy satisfecha!

Mi ofrenda a la naturaleza

—Usted nos ha dicho antes que, con motivo de su excursión, su espíritu había gozado y con visiones de belleza ofrecidas por la Naturaleza?

—Y no he exagerado—nos responde Tórtola—. Mire usted si gozó mi espíritu, que cuando recuerdo aquellas visiones aún me estremezco toda de emoción.

Mi paso a través del río Magdalena me dejó deslumbrada. Un río cuyas aguas adquirían tonalidades diversas. Las aguas de aquel río, por su policromía, semejaban la paleta de un pintor. Y sabe usted a qué se debe aquel fenómeno, pues a que el río pasa por entre dos cordilleras esplendentes de vegetación. Al reflejarse ésta en las aguas le presta maravillosa coloración. Como tantas artistas en un viaje a bordo, me vi asediada en aquella ocasión por el paisaje, para que trenzase unas cuantas danzas. Me resistí a ello, pero al desfilarse el paqueteot en que viajaba por aquel río, hipostesiada por aquella escenografía que me ofrecía la Naturaleza, sentí unos grandes deseos de bailar y bailé hasta caer rendida sobre la cubierta del buque. Ibanos a Bogotá. El día de mi debut en dicha capital accudieron al teatro todos mis compañeros de viaje. Al terminar la función uno de ellos acudió a mi cuarto, y me dijo:

—Tórtola, ha estado usted bien; pero no como cuando atravesamos el río.

Lo sé que publicaron en España que me había vuelto loca

No hacía aún dos horas que había llegado a Méjico. En el hall del hotel donde me hospedaba me puse a hojear unas revistas que había encima de una mesita. En una de ellas se publicaba mi retrato, acompañado de una larga información en la que se decía que actuando en un teatro de la Habana había sufrido un acceso de locura en ocasión estaba bailando la danza de Salomé.

Tórtola—decía el periódico—, al sufrir el acceso de locura se despojó de sus vestiduras, y quedando desnuda en mitad de la escena, continuó bailando. Cayó el telón y penetraron unos agentes de policía en el escenario, con la pretensión de llevarse detenida a la artista. Los médicos del teatro dijeron que Tórtola sufría un ataque de enajenación mental.

Tórtola ha muerto para el Arte—añadía el periódico—pues ha sido recluida en un manicomio. Imagínese mi asombro. El mío y el del público de Méjico, pues, precisamente aquella noche tenía que debutar yo en uno de los principales teatros. Debuté, y con mi presentación desmentí aquellas informaciones que publicaban los periódicos cubanos.

—¿Y cómo se enteró usted de que la noticia de su locura había sido publicada también en la prensa española?—le preguntamos.

—Me enteré a los dos meses de haberla leído en los periódicos cubanos. Yo, me hago enviar, cuando estoy en el extranjero, algunos periódicos españoles. Y un día lei en ellos fantástica noticia.

En Guatemala creyeron que yo no era Tórtola Valencia

En la prensa de Guatemala también se publicó la noticia de mi supuesta locura. Cuando se anunció mi debut, los guatemaltecos supusieron que yo no era Tórtola Valencia, que era una suplantadora. Como yo en Guatemala con un amigo inglés, gran devoto de mi arte. No sé por qué causó mi amigo no vino a saludarme al llegar a dicha capital. Acaso creyese que lo que decía el público fuese verdad.

No obstante, mi amigo estuvo en el teatro la noche de mi debut. Es mi amigo hombre de extensas relaciones. Sabedoras éstas de la amistad que había entre él y la artista accudieron algunos a él para que les dijese si la artista que estaba trabajando aquella noche era en realidad Tórtola. Me tenía delante el público y dudaba que fuese yo. Surgió otra vez en escena y me puse a bailar una danza gaita selvática que figura en mi repertorio. Al terminar de bailar me encontré entre bastidores a mi amigo el inglés, que me aguardaba todo gozoso, junto con algunos amigos suyos:

—¿Ya lo creo que es Tórtola! Apenas le vi bailar esta danza se han disipado mis dudas—exclamó.

Corrieron por la sala las palabras de mi amigo el inglés, y a partir de aquel momento ya nadie dudó de que yo fuese Tórtola Valencia.

En América sienten una gran admiración por la música de Granados

—En América sienten una gran admiración por la música de Granados. En casi todas las capitales de aquellos países, admiradores de Granados, me hicieron entrega de ramos de flores al terminar una de las danzas que yo bailé y cuyos compases compuso el llorado compositor.

Cuidé que no se marchitasen aquellas flores con mi afeite y uniéndolas a ellas otras más, regregar a España y pasar por el sitio donde se dijo había sido torpedado el buque que conducía a Granados y su esposa, arrojé las flores al mar.

No nos es posible publicar el reportaje de Francisco Madrid por causas ajenas a nuestra voluntad. Procuraremos la semana que viene tomar la revancha.

ECOS E INDISCRECIONES

COCKTAIL

Hemos visto el retrato de la nueva "edila".
Seguramente será una concejala magnífica.
Por aquello de la ley de las compensaciones.

#

Sabemos que el teniente alcalde señor Del Río está un poco contrariado por la broma que la semana pasada le gastamos acerca de su caudaloso apellido.

¿No es para tanto, señor Del Río!

Y, sobre todo, no hay por qué desbordarse.

#

A Barangó Solís, el insigne autor de "La abandonada en la noche de bodas"—no cobramos el reclamo—le han gastado una broma que le ha costado cuarenta duros.

¡Adiós los beneficios de la joya artística de que es autor!

Por cierto, que Barangó, después que le hubieron estafado las doscientas pesetas y le tomaron el pelo los estafadores, decía ingenuamente:

—No comprendo por qué, después de tirarme los cuarenta duros, se han burlado de mí.

Nosotros nos permitimos creer que ha sido una venganza. ¿No nos está tomando Barangó la cabellera con "La abandonada, etc."?

Pues estamos en paz.

Y conste que no tenemos nada que ver con los timadores pero creemos que han sido el instrumento de que se ha valido el Altísimo para dar una satisfacción al público.

#

Eugenio. Xammar, según parece, se ha dado ahora al género epistolar, y ha escrito una carta que enciende el pelo. Por lo visto "tardó la carta cerca de un año".

Pero, por lo visto, también, ha llegado.

#

Estamos amenazados de una nueva "singermanada" en el teatro Goya.

No escarmentamos.

Primero Vilches, representando un género muy Quinta Avenida y hablando en "camelo", ahora el canario trasatlántico recitando en paraguay.

Está visto, no ganamos para sustos.

#

Nuestra vieja amiga Raquel Meller—aunque no, tan vieja como Tórtola—ha dado un escándalo en París, porque vió en un cinematógrafo que se proyectaba una película suya a la que habían suprimido los empresarios varias partes.

Raquel, por lo apuntado no quiere que le supriman parte alguna, y, además, quiere que el público las admire todas.

Nos parece muy justo, y, además, no demuestra más sino que Raquel persiste en su sana política de siempre: Que se enseñe todo.

¡Oh, tiempos del Arnau!

#

Hemos recibido en esta redacción una atenta carta de un lector, en la que nos dice que gratificará espléndidamente a quien le explique lo que ocurre en China.

Hacemos público este deseo por si hay algún cronista de la sección extranjera de los diarios barceloneses, que se atreva a complacer a nuestro comunicante.

#

Pangalos ha sido elegido presidente de la República griega y, además, conservará la presidencia del Consejo de Ministros.

Se nos dice que, además, le nombrarán arzobispo.
Muy bien. No hay como estos dictadores balkánicos para sacrificarse por el país.

#

Gómez Carrillo publica en "A B C" un bombo al presidente del Consejo.

Meditemos y recordemos el refrán: "El diablo, harto de carne, se metió fraile".

¿Cuánto habrá costado que el señor Gómez Tible profese?

#

En un pueblo de la provincia de Alicante el entierro de doña Casilda Rico ha constituido un día de jolgorio para los vecinos.

Ha sido un entierro gracioso y pintoresco.

Análogo o los que a diario perpetran los "compadres" del sobre y del tesoro oculto.

#

A un individuo apellidado Badanas le golpearon días pasados con un bastón en la calle del Cid.

Aparte de que Badanas no es un Cid precisamente, cuando no supo resistirse al que le zurró, no cabe duda que le han sacudido el apellido.

¡Le han zurrado la Badana!

#

Se ha cerrado el Lion d'Or.

Su espíritu ya había fallecido mucho tiempo atrás.

El publicitico que iba estos últimos tiempos, era una cosa seria.

Por eso más vale que haya cerrado sus puertas.

ELDORADO

Temporada de cine Ultra-selecto,
del Repertorio M. de Miguel

La Aristocracia del Film

GRANDIOSO ÉXITO

DEL POEMA CINEMATOGRAFICO
FANTÁSTICO BURLESCO

LA PRINCESA QUE

AMABA AL AMOR

CREACIÓN DE

Itala Almirante Manzini
y Alberto Collo

Lo sentimos, pero lo tenemos que decir

La revista "París, París"

—El año que viene, cuando yo haga mi revista, no traeré a Jackson. Jackson es un "camelo". Todas mis revistas han sido siempre el resultado de la ponderación de tres elementos: el francés, el inglés y el español. Han sido como una fórmula química: del elemento francés, el setenta por ciento, de inglés el veinte y de español el diez restante. Alterar esta proporción es un error. Y Jackson la ha alterado. Al elemento inglés le ha concedido un ochenta por ciento, al francés un quince y al español un cinco. Y hemos fracasado. Claro está que no hemos fracasado con "Cri-Cri" ruidosamente porque yo como "produceur" de revistas traía ya una velocidad adquirida; pero hemos fracasado. Y este fracaso es obra de Jackson. Yo, enfermo, me entregué en sus manos y él ¡claro está! deseando que los elementos que acudilla tuvieran preponderancia sobre los demás, me ha confeccionado una revista inglesa en lugar de una revista internacional de marcado sabor francés. Decididamente Jackson no vendrá más al Palace...

Estas son palabras del inolvidable Fernando Bayés. En su casa, en un piso, cuarto de la plaza del Teatro, frente al Palace—el cariño de sus cariños—Fernando Bayés, ya herido de muerte, me las decía en un tono de convencimiento experto al que le daba derecho su larga práctica en el menester de producir revistas de éxito.

No sé por qué—mejor dicho sí sé por qué—aquellas palabras del amigo, para quien guardo un recuerdo imperecedero, han venido ahora a mi memoria. Y las ha traído, como de la mano, el estreno de la revista del Olympia "París, París..."

No debemos engañarnos: El estreno de "París, París", ha sido un fracaso. Y ha sido un fracaso tanto más lamentable cuanto que el Olympia tiene las simpatías del público y es teatro además que cuenta con elementos económicos y de maquinaria, espacio del escenario y la pista, comodidad de las localidades, efectos de luz, etc., con que otros teatros no cuentan.

Y ¿por qué ha sido este fracaso tan ruidoso? Dejemos a un lado la falta de ensayos y deficiencias de otro género—música ratonera, evoluciones absurdas, etc., y demos la razón a Fernando Bayés. El fracaso ha sido obra de una desproporción manifiesta en los elementos que integran la revista. El inglés ha querido dominar a todos y de ahí el fracaso. Jackson ha querido para Inglaterra la hegemonía de la revista como si la Gran Bretaña no tuviera ya bastante con la hegemonía de los mares.

El fracaso, por lo apuntado, ha sido ruidosísimo y será en vano que trate de suavizarse, aunque para ello se nos cante, patrióticamente—y en inglés por supuesto—el "Good save the King".

Que como saben ustedes es el himno inglés.
De "ingleses", "libéranos Dómine!".

JULIO RECIO.

¿CELOS?

Los críticos que escriben por amor al arte

Don Alfonso Roure ha iniciado gratuitamente en "El Diluvio", una campaña contra Joaquín Montero, director artístico del teatro catalán Romea.

Procuraremos tener al corriente a nuestros lectores de la campaña del señor Roure, cuya significación en el teatro es elocuentísima. Gracias a un sainete, "El partit del diumenge", el teatro catalán ha conquistado una calidad que no tuvo ni con don Angel Guimerá. "El partit del diumenge" ha sido traducido al ruso y al checo.

Dió la casualidad, no obstante, que aún no hace tres meses en el mismo "Diluvio" se publicaba un artículo a dos columnas diciendo que Montero era un gran director artístico y un admirable actor.

El señor Roure seguirá atacando de una manera imparcial y más o menos honesta al señor Montero.

Angel Samblancat

acaba de poner a la venta la obra inédita

Con el corazón extasiado

3 ptas. en librerías y kioscos y en la
Editorial BAUZÁ, Aribau, 177

EL GATO NEGRO

(EMPRESA FRANCO-ARGENTINA)

38, Rambla del Centro, 38



Gran éxito del «Dancing» MONTMARTRE

PUNTO DE REUNIÓN DE LA GENTE CHIC

Lo mejor en Cocktails, Aperitivos y Licores de marca

Orquesta «THE CRACKER JACK'S» con el concurso del popular Jazz-Band B. W. CURRY (Bobby)

EL TABLADO DE ARLEQUIN

El balance del sábado de Gloria

Novedades teatrales

Vamos a hacer un balance de los resultados que el Sábado de Gloria nos ha deparado en el aspecto teatral. ¿Quiéren ustedes? ¿Sí? Pues vamos:

LICEO.—"Si io volessi". Compañía Vera-Vergani. En la presentación y en la comedia esta compañía ha rendido un culto, tal vez excesivo, al título de la obra, "Si io volessi".—"Si yo quisiera..."—Esa ha sido la tónica general. Eso ha sido lo que todos se han dicho—empresarios, compañía, escénografo, maquinista, electricista... hasta el público! ¡Si io volessi!...

"¡Si io volessi!"... ¡Lo haría mejor!

POLIORAMA.—"El chanchullo", comedia en tres actos de Muñoz seca.—Tan acostumbrados nos tiene Muñoz Seca a sus chanchullos teatrales que ¡un chanchullo más qué importa al mundo? El distinguido autor de San Fernando intenta en su comedia hacer llorar y hacer reír, barajando para ello fórmulas sentimentales y fórmulas cómicas. Con estas nos hace llorar y con aquellas reír; de modo que, si los términos están cambiados, el resultado es el mismo. Que es lo que se trataba de demostrar.

ROMEA. — Debut de Borrás.—Enrique Borrás, aunque otra cosa digan el programa y el reparto, hace en su debut de "hijo pródigo", es decir que vuelve a la casa de sus padres. Una temporada de teatro catalán por actor tan excelso es para todos un regalo y una promesa. Como es natural Borrás, intérprete de las más recias creaciones del teatro catalán, obtuvo, una vez más, el aplauso unánime a que es acreedor.

¡Dichoso él que es acreedor y no tiene ingleses!

OLYMPIA.—"Paris, Paris".—Pero en cambio en Olympia si que hay ingleses y también inglesas. Acerca de lo ocurrido en Olympia nos remitimos a lo que dice "Julio Recio" en otro lugar de este número.

NUEVO.—"Baixant de la font, etc., etc.".—Llimona que tiene un apellido que traducido al idioma de Cervantes es limón ha querido exprimir su apellido dándonos otras representaciones de la baquetada "Marieta". Si ese fue su propósito va consiguiéndolo. Representaciones en Barcelona, Alcanar, Picamoixons, Santa Coloma de Queralt, Gratallops, Mollerusa, la "Marieta" ha viajado más que el barón de Vi-ver, que es todo cuanto se puede decir

TIVOLI.—"La Calesera".—Si no fuera por lo antipático que es el maestro Alonso diríamos que su zarzuela ha gustado, pese a que es un refrito de "Daño Francisquita". Pero como Alonso se trae una antipatía que ¡ande usted con Dios! le gastaremos alguna chirimota que pueda molestarle.

Ahí van dos: Tiene la zarzuela un canto a la "Libertad". Sabido es que "La Libertad"—número suelto—cuesta diez céntimos; de modo que el número de Alonso es un numerito barato.

No hay derecho señor Alonso a llamar a Vives plagio—como usted ha dicho en varios sitios; tenemos testigos—y luego a plagiar a Vives musicando un argumento que es el de "Doña Francisquita" estropeado.

NOVEDADES.—"La feria de las hermosas" (Revista).—Aparte de lo promotor del título que parece asegurar la presencia en escena de una serie de mujeres que quiten el tipo "La feria de las hermosas" si se le mejorase la música, el argumento fuera más original, y Mauri tuviera más gracia y Velasco mejor carácter estaría muy bien.

ESPAÑOL.—"Santa Madrona de les Dressanes o les pallones del fang".—El título es largo, pero los autores son largos y anchos. "Santa Madrona, etc., etc.", es una especie de melodrama con vistas a los sótanos que impresionará seguramente a las porteras, peripatéticas del distrito V, carreteros, recaudadores de contribuciones y del inquilinato, amas de cría y otros matices de público selecto.

¡Ah! Javier de Montepín que es el autor de la obra salió a saludar al final de todos los actos. ¡Qué frescura la de algunos "genios"! Son capaces de firmar hasta el "Quijote" con tal de cobrar unas pesetas.

Y aquí tienen ustedes el balance de lo ocurrido en los teatros el sábado de Gloria. Bien poca cosa ha sido el resultado, desde el punto de vista artístico; pero en cambio se ha anunciado mucho y las empresas de publicidad han ganado lo suyo y lo de un tío suyo.

Váyase lo uno por lo otro.

De todos para todos

Nuestro ilustre amigo el celebrado autor de "Per la glòria", figuraba en tres carteles el Sábado de idem.

Ni en Olympia, ni en el Español, ni en el Nuevo pudo escuchar aplausos. Lamentamos la desgracia, que, por otra parte, esperábamos.

¿Para qué nos vamos a engañar?

Al día siguiente de debutar en Valencia, Vilches hubo de rebajar los precios de las localidades.

Y es que también en Valencia se han dado cuenta de que Vilches es un camelo.

"El chanchullo", por Emilio Thuiller.

¿Qué es eso del chanchullo? Pero, ¿no decían que se habían acabado?

Nos consta que Luis Calvo va respirando con más libertad.

Lo celebramos porque el chico es trabajador. Ya tendrá suerte otro año. Cuando no se fíe de los autores del centro y estrene "El mesón de la Cigüeña"—como decía Manolo Fernández.

Se organiza un concurso para saber la edad exacta de doña Catalina Bárcena, esposa del admirable actor señor Vargas...

La admirable y talludita ingenua se mantiene firme. A medida que pasan los años se agría el carácter de la primera actriz de don Gregorio.

Y a propósito de don Gregorio. Suponemos que en París no le diría a Tristan Bernad que su "Costand des epinettes" lo adaptó escondiendo el nombre del autor e imbecilizándolo la obra con giros y casticisms fuera de razón.

Angel Oliveros ha estrenado en el Victoria una zarzuela titulada "Los leones de Aragón".

Angel que es una plena confirmación de su nombre, se ha convertido en domador de fieras.

Nunca lo hubiéramos dicho.

Por lo demás, la obra está muy bien.

Y nosotros lo celebramos con toda el alma.

Advertimos a los señores Beut, Anselmo Fernández, Luis Calvo, Santa Coloma—dentista y tenor—y Gorgé, que don Manolo Fernández habla pestes de ellos.

¿Por qué será? ¿Le deben dinero acaso?

"Santa Madrona de les Dressanes", Santa Isabel de Ceres", "El Registro de la Policía", "Las dos huérfanas", Xavier de Montepín, Mantua...

Pero no hemos quedado que el hombre de teatros es aquí "Amichatis".

José María de Sagarra hace gimnasia sueca para adelgazar y ha dejado de bailar el tango por temor a que lo cacen y le hagan servir para los experimentos del doctor Voronoff.

Los hermanos Baget tratan de organizar una revista en el Apolo.

"¿Tu quoque Brutus?"

Y perdonen la manera de señalar...

Con motivo del estreno de varias revistas en distintos teatros, los periódicos elogian a Manuel Sagrañas.

El Cid ganaba batallas después de muerto y Sagrañas antes de dafias.

El día del estreno de "Paris, Paris" se desplomó un telón en Olympia, y no causó desgracias.

Las desgracias han venido luego.

Con alarmantes consecuencias en la taquilla.

En Madrid han tenido un ruidoso fracaso Arniches, Paso y Estremera.

Han sido víctimas de los celos.

De "Los celos me están matando".

¿A cuál de los tres?

Ya está otra vez en Barcelona la declamante Berta Singermán.

Prometemos no ir a verla.

A nosotros no nos pagan colaboración en los periódicos americanos.

Ni nos seduce el oficio de comparsa

Dice un cronista de teatros que los esposos Meliá-Cibrián son ya clásicamente biltáinos, como el bacalao, las anguilas y el palomar de Arriaga.

Los han conocido.

Sobre todo en el del bacalao.

Las variedades

La Chelito, en competencia con la Preciosilla, está representando en Madrid "El único remedio".

Ya sabemos cuál es.

El de retirarse las dos a casita, si no quieren que las retire el público.

Siguiendo la costumbre proverbial del "Domingo de Ramos, quien no estrena no tiene manos" algunos de nuestros artistas han estrenado lo siguiente:

Mercedes Serós.—Una torre muy bonita.

La Goya.—Una Quinta. Suponemos que también será buena, pues "no hay quinta mala" (1).

Mary Isaura.—Un mantón de Manila, regalo de un entusiasta de las glándulas de mono.

Elvira de Amaya.—Un barco cargado de pesos.

Blanquita Suárez.—Un couplet de Font de Anta, escrito para su hermana Cándida.

Cándida Suárez.—El mismo couplet, escrito para Blanquita.

Goyita.—Un ejemplar de gallinas marca Odeón.

Alicia del Pino.—"La esclava fiel".

Raquel Meller.—"La violetera", "Violetas Imperiales" y "La Viola". Este original de Gómez Carrillo.

Pastora Imperio.—Un couplet titulado "Bon soir mon-sieurs o la diñé por el corbatín".

Fina Karenne.—Unos "putxinell-lis".

Derkas.—Un número de "Blanco y Negro".

Candelaria Medina.—Glándulas de mono.

Los 7 Méndez.—Un saltador.

Aurea Cruz.—Un San Jorge de oro.

Luisita Estesio.—"Asaura", couplet flamenco.

Spaventa.—Un frack de manga corta. No sabemos quién le ha hecho el corte de mangas.

Lolita Méndez.—Una finca en Secuita, cerca de Morell.

Ricardo G. de Lara.—Una "longas-niza" o sea una canción titulada "Niza" del maestro Longás.

Teresita Pons.—Una maqueta de Amalia de Isaura.

Pilar Alenxo.—Una botella de vino de Gelida.

Argentinita.—La sardana "Cataluña plora".

Ramper.—Un traje de Tre-ki, teñido de encarnado.

Tre-ki.—Un traje de Ramper, teñido de verde.

Paquita Miret.—"El pagaré".

Adelita Lulú.—Un auto... judicial.

Conchita Garzón.—Un affiche melancólico.

Etc., etc., etc.

En la noche de despedida de Mary Isaura en Eldorado celebró un beneficio la Asociación de ferroviarios. Como siempre ocurre en tales casos, salieron a relucir las notabilidades de la clase y entre otros se nos presentó un poeta ingeniero que dejó tamañito al autor de "La vida es sueño". Pues el público dormía, algunos hasta roncaban y solamente soñaba el incipiente vate. ¡Vate... vete!

En cuanto sale un couplet que tiene algo de mérito, las artistas se vuelven locas por cantarlas las primeras y con exclusividad. Por ahí se dice que Mercedes Serós, que tiene mucha vista para estos menesteres, se ha entrevistado con el maestro Costa, autor de los couplets "Bandera de amor" y "Las glándulas de mono"—que ha cantado Mary Isaura en Eldorado—y le ofrece por la exclusividad de estos números la friolera de cuatro mil pesetas.

Velasco con sus huestes debutó el Sábado de Gloria con la revista "La feria de las hermosas". Es la misma obra que recorrió triunfalmente toda América con el nombre de "Las Maravillosas".

La causa por la cual se ha variado el título son 15.000 pesetas que al maestro Quirós le van a volar más que el "Plus Ultra".

El señor Velasco se ha acreditado como un predistigador formidable.

En el café "Sport" de las Ramblas se reunían todas las noches algunos autores de couplets. El dueño para echarlos se ha visto obligado a cerrar. ¡No había otro medio!

Los menús más deliciosos son los del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :: Café - Bar - Restaurant

Antonio López, Impresor :: Olmo, 8, Barcelona

EL ESCANDALO

UAB
REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

“Con el corazón extasiado”

Ha aparecido ya este libro de nuestro amigo Angel Samblancat. Es una colección de diálogos que echan lumbre. Más que todo lo que nosotros pudiéramos escribir, dirán del valor de las páginas relampagueantes de Samblancat, estos retazos del prólogo con que creemos oportuno obsequiar a nuestros lectores.

Animados por el lisonjero éxito de “Jesús atado a la columna”, vuelven el autor y el editor de este libro a poner con él a prueba la simpatía, la bondad y la clemencia infinita del público.

Una vez se ha delinquido, el reincidir es inevitable. Capturado el espíritu por la emoción del riesgo, de la aventura, no se libera de su seducción.

Quiere a toda costa volver a las andadas, reiterar con pertinaz contumacia la fechoría, desafiar la cólera de los hombres, provocar, tentar a Dios.

El primer desliz, el primer mal paso es el que hay que mirar de no dar; que, luego, una vez abiertas las válvulas, una vez dado el vapor a la máquina y puesto el convoy en la pendiente, ¡cualquiera para el tren, cualquiera refrena el potro, desbocado!

Estoy por decir que una vez se pecó, es más dulce que el pecado en sí mismo, el pensamiento de volver a pecar, de repetir la villanía, la bellaquería.

Pecar, como todo, hay que hacerlo con decisión.

Es preciso hacerlo con arrojo, con testarudez, con ánimo de llegar a ser un artista, un canalla o un volatinero genial, con propósito de elevar la pasión a vicio y enfangarse en él hasta el cuello.

En nada, y en esto menos, está permitida la mediocridad.

■

Aunque justificaciones huelgan, lle de alegar, en mi descargo, algunas razones.

Si me estoy descarrando, si mis audacias se hacen un tanto desmedidas, a vosotros os correspondió vuestro tanto de culpa.

No hubiérais aplaudido mi “Jesús” y no tendríais el disgusto de verme de nuevo en el trípode; ahora no experimentaríais el dolor, no tendríais el remordimiento del mal causado con vuestra imprudente generosidad.

El perdón de mis yerros presentes, por tanto, se impone.

Los de hoy son hijos de los de ayer. Y si con aquéllos mostrásteis benevolencia e indulgencia, no hay que escatimarélas ahora.

Perdonándome a mí, os perdonáis a vosotros mismos, echáis un velo sobre vuestras propias flaquezas, sobre vuestra debilidad, de la que yo soy un brote legítimo.

Luego ¡los extravíos de amor son tan dignos de lástima! Yo quisiera ser cura para ir por la calle echando bendiciones a los enamorados, absolviendo samaritanas y magdalenas, abriendo el paraíso a todos los enfermos del corazón.

Escribir es pecado de amor, y por eso el autor de tamaño delito merece todas las atenuantes, está totalmente exento de responsabilidad criminal.

El pensamiento tiene sexo, ha de tenerlo. La pluma ha de ser una reja de arado, un útil de sembrador, el vehículo de las emisiones, de las efusiones del espíritu, la sagrada cañería por donde desciende la sangre destilada del cerebro.

Escribir es parir, es una maternidad, es ser a la vez padre y madre. Escribir no es retozar, gozar y divertirse. Este mundo ha sido hecho jugando al fútbol, y por eso es tan doloroso. Si su creador se lo hubiera sacado del costado, si fuera un pedazo de sus entrañas, habría en él más armonía, más caridad.

Insistamos, aunque sea aburrido. Recalquemos lo que íbamos diciendo, que buena falta hace.

Escribir no es manchar la pureza del papel, no es ensuciar cuartillas vírgenes, no es verter tinta o sudarla y enturbiar el agua como un calamar.

Escribir es abrazar al hijo del hombre, dar besos penetrantes y eficaces a las almas, copular con todo lo viviente, con lo animado e inanimado, fecundar el caos, abrir surcos en el muslo, en el vientre de la más dura piedra y colocar, depositar allí un pellizquito de polen.

Pocos saben lo dulce que es esto.

¡Santo, sagrado placer de crear, de generar!

Dios es digno de envidia porque es padre, por la innumerable caterva de criaturas en que ve su imagen reflejada, porque es el gran obrero del mundo, el compañero Dios, como decía un socialista en un mitin.

El artista es divino, porque ha arrebatado al cielo un ascua, una chispa de esa facultad.

■

—¿Ya está aquí otra vez este asno?—preguntará algún enemigo mío.

Sí, señor. Ya está aquí otra vez.

Y viene con una rosa en el pecho, con una flor en la boca, con la garganta llena de cantos.

El quisiera hacer de las palabras las más bellas piedras preciosas para tirársela a la cabeza, para coronaros la frente de resplandor.

Quisiera servirlos en su prosa toda la hermosura y toda la melodía del universo.

Quisiera mudar en oro todo lo que tocara, para dároelo.

Quisiera que su boca escupiera perlas y que, al más pequeño golpe de su varita mágica, la roca se trocara en fuente y la inmundicia de la calle, las ensaimadas del arroyo se convirtieran en azucenas y en sorsijas.

■

Yo no me trato con la aristocracia.

No he visto nunca un marqués, no sélo que es un marqués, ignoro qué facha tiene un marqués, y por eso no te encontrarás lector, aquí con semejante personaje, ni con otros de su calaña.

Yo pinto lo que observo. Traslado a mis lienzos lo que me rodea. Si en estas páginas percibes mal olor, este mal olor, te lo juro, no sube de mi alma. Lo despierta la realidad que nos circunda. No vivimos en un jardín, sino en un sumidero, y de ahí los ingratos efluvios que hieren nuestras narices.

Este libro es un montón de andrajos, una carretada de basura—lo digo yo para ahorrarles a los críticos el trabajo del descubrimiento—; es una tolvenera, un torbellino de humanas piltrafas.

Desfilan por él procesionalmente, en macabra caravana, golfos, borrachos, ramera.

Eso sí.

Golfos, con una estrella en la frente. Borrachos, como Cristo, coronados de espinas. Rameras, con el corazón saltados, con el corazón fuera del pecho, como la Virgen María. Mujeres, madres, “matres”, mártires, con las entrañas deshechas, con las entrañas traspasadas, sangrando, arrastrando, pisándoselas.

No faltará algún miope, que, como de “Jesús atado a la columna”, diga de este libro que es un estercolero.

Toda la tierra es un estercolero. Los más soberbios monarcas y emperadores no reinan más que sobre estercoleros. Aquel famoso Carlos de Portugal, cazado por su pueblo a tiros en Terreiro de Paço, tuvo atisbo de esta verdad cuando dijo que su reino era una piojera.

En todo caso, si esta obra mía es un estercolero, es un estercolero fumigado, incendiado, de porquería que yo no produje y a la que yo he prendido fuego y he transformado en abono.

El estercolero, en todo caso, ahora reluce como un sol, tiene la cumbre empenachada de luz y florecida de lirios. Si es un charco, en su fondo parpadean ojos de ángeles; en sus aguas turbias se miran las nubes; su cristal empañado refleja, como un espejo, las torres agudas, los bordados y calados de piedra de las catedrales.

■

Hubo un santo, que lamía el dolor de los pobres que no podía curar, para aliviarlo; que chupaba las llagas de los leprosos y de los cancerosos.

Con ese heroico fervor anhelamos nosotros fraternizar con nuestros semejantes.

Nos hemos sentido siempre humanos y hermanos de los que sufren por lo más humano y solidario que hay, que es el dolor.

Y así mandadme hoy “Con el corazón extasiado”, como ayer “Jesús atado a la columna”, por esos orbes—terráqueos o no—a consolar al triste, a poblar la eterna soledad de los abandonados.

Lo envío a enseñar, a hacer saber a los que lo ignoran que el pan nuestro de cada día es tan bueno porque es carne humana, porque está amasado con gotas de sudor; que el pan es tan blanco y tan dulce, porque lleva azúcar y harina de los huesos de los que lo elaboran.

Este libro es una nueva postulación de piedad, ya que no puede ser una exigencia de justicia. Lo tremolamos en la diestra como un memorial, ya que no podemos hacerlo como un estandarte, como una flámula.

Aspira con su verbo candente a purificar por la emoción. Es una extensión de la sensibilidad y de la misericordia hasta lo más caído, hasta lo más derrotado y chafado.

Es o quiere ser la hostia, la comunión de todos los excomulgados de la vida, un trozo de la danza macabra, del desenfadado y desesperado galop de la humanidad miserable.

¡Adelante, señores! La puerta está franca. Pasad.

ANGEL SAMBLANCAT.

LA GENTE ABSURDA

El hombre del diálogo

Frecuentemente nos cruzamos en la calle con un hombre que dialoga con su “yo”. Ese hombre que, como Sócrates, como Lutero, se penora a sí mismo, despierta, en muchos, curiosidad; produce en otras admiración; a los más, les causa risa. Ese hombre tiene algo de mar, de la inquietud de la vastedad del mar. Lleno de absoluto, se desamolda y deslinda, ampliándose más allá del círculo descrito con el radio de su sombra, haciendo caso omiso de la demarcación, del amojonado, de la absurdidad de otros hombres más absurdos que él.

Anda y anda, codeándose con la humanidad vacuina: habla y habla para sus oídos, sin poner freno a su lengua, sin contaminarse de rebañismo, sin olisquear, sin hacerse borroso ni desdibujarse.

Tiene la dignidad de un rey asirio.

Cultiva “su otro”, viviendo de dentro a fuera, y le basta, para no ir solo, la compañía de sus pensamientos, que conserva íntegros y potenciales, pensamientos que no incurre en la sandez de acuñar porque se siente orgulloso y avaro de sí mismo.

Es un cenobita en pleno tráfigo, superior a todos los cenobitas refugiados en la soledad, huídos al campo para dialogar con los pájaros, como Silvestre II, para conversar con los árboles, como el viejo Gimnastoras.

Ese “hombre del diálogo” merece todos mis respetos. El hombre superior, perfectamente desarquitecturado, supo, al desamillarse, conservar puras todas sus valorizaciones; su hombría, un poco en bloque, no desbastada, repelió el contagio de la falta de hombrismo que se advierte en esas figuras descaracterizadas, uniformes, que invaden la calle, cada día más teatralizada con ese concepto que de la teatralización tiene un Muñoz Seca.

¿Qué secreto esconde ese hombre tan hermético para los otros hombres y que, sin embargo, rie hacia adentro, nutre su demonio tonto de sol de los días y de los soles de la noche, y no se desfalca, ni desvirtua, ni desarista por esa que se puede llamar impotencia del silencio? ¿Qué número de poleas locas hay en la gran fundición de su cerebro?

Dejemos libre el paso al hombre de las largas peroratas, aunque se dirija a un manicomio.

No hay ley que nos autorice a turbar su sueño en voz alta, tan digno de respeto como el sueo de un niño que tiene algo de loco, o el de un enamorado, que es loco de atar.

Después de todo, tú, lector, también dialogas, aunque en voz baja, hipocritamente, contigo mismo. Y, a veces, como Luis Capdevila, como Angel Marsá, sientes la necesidad de “cacarear”, de soltar el “gallo” estridente que destroza el tímpano a muchos imbéciles.

Algún día tendremos que dar un banquete, con el inevitable “minuto de silencio”, al hombre del diálogo.

PEDRO NIMIO.



—¿Cómo va?

—Bien, pero no se va.